

Domund
fe
+ caridad
misión

Para cualquiera de nosotros, una noche sin luz puede ser una pesadilla.

Para Cristina Antolín es una bendición.

Para cualquiera de nosotros, las vacaciones son tiempo para desconectar del trabajo. Para esta religiosa dominica, es el momento de pensar más en su día a día; en sus enfermos, en sus compañeros y en el remanente de medicamentos que les queda en el San Martín de Porres.

El período de descanso es la época propicia para buscar financiación para su hospital. O sea, más trabajo. No es nada nuevo. Cristina es así desde siempre. Desde que a los cinco años ya intuyera que quería dedicarse a ayudar a los demás.

La dominica Cristina Antolín dirige en Yaundé el Hospital San Martín de Porres



Vocación en estado puro

Apocas personas he conocido que duerman menos y les cunda tanto el sueño. La religiosa Cristina Antolín es una de ellas. De esas que parecen no cansarse mientras combinan inteligencia y pasión en lo que hacen. Acción en estado puro.

Me encuentro a Cristina en su hospital del barrio de Mvog Betsi, en las afueras de Yaundé, la capital camerunesa. Una de las típicas metrópolis africanas con un punto caótico y salvaje. Para venir hasta aquí he tenido que atravesar el centro de la ruidosa ciudad y luego dar tumbos por las calles de tierra y baches de una de las colinas por las que se desparrama la urbe. Finalmente llego al San Martín de Porres, un centro hospitalario sorprendente en este rincón perdido del mundo.

Cristina Antolín (Orihuela, 1959) es la directora del hospital. Y, en buena medida, la gran culpable de que exista este oasis de atención sanitaria en Camerún. Lleva despierta desde mucho antes del alba y anoche se acostó tarde contestando correos. El día que no hay electricidad en el barrio duerme mucho más, me confiesa en el patio de entrada del hospital,

Texto:
Ricardo Olmedo
Fotos: **Javier Mármol/Manos Unidas** y **Ricardo Olmedo**



que lleva el nombre de un santo... ¿peruano? “Sí, hay varias razones: era negro, enfermero y dominico. Suficientes, ¿no crees?”, me dice esta blanca, médica y religiosa dominica que lleva 28 años en África cumpliendo las dos vocaciones que dan sentido a su vida.

Desde los cinco años, Cristina quiere ser médica y cirujana. Juega con un esqueleto de plástico y pone inyecciones a las muñecas. Cuando está enferma y no puede ir al colegio le pide a su madre las láminas de su abuelo, también médico, al que no conoció. Así se pasa las horas muertas, mirando las venas y arterias pintadas en azul y rojo intensos. En la sangre decía su madre que llevaba la niña la vocación. Haciendo el bachillerato, un día le pasan un test sobre su futuro universitario. En las tres opciones disponibles pone lo mismo: Medicina. Ya ven, vocación en estado puro.

Su familia se traslada a Granada y Cristina contacta con las dominicas en su nuevo colegio, el de Santo Domingo. En esos años forma parte de grupos como las Montañeras de Santa María, Jóvenes sin Fronteras, Misioneros Mundo Nuevo y se va sintiendo atraída por esa idea motriz de estar al servicio de los demás, que encaja con su vocación médica:

“Iba calando la idea de dar mi vida al servicio de los demás, y ser médica para solucionar cualquier problema de salud, de cualquier especialidad. Yo quería aliviar toda dolencia”.

Una misionera en el colegio

Pasan los meses y todo comienza a encajar el día que una misionera de la congregación de Santo Domingo llega al colegio a contar su experiencia. Pantalla blanca, proyector y el carro de las diapositivas. Aquella mujer viene de Zaire (hoy República Democrática de Congo), y cuando se apaga la luz aparecen poblados, nativos, una capilla en mitad de la selva, la casa de la misión, un hospital medio derrumbado por la rebelión de los simba...

Eso es definitivo. Ya nada será como antes, como en las horas previas a que se apaguen las luces y África se asome a la pantalla blanca del aula. Cristina lo recuerda así: “Se encendió una llama en mi corazón que ya nunca se ha apagado. En ese momento descubrí con fuerza la llamada de Dios”.

Aquella misionera dominica está recogiendo el proyector y devolviendo las diapositivas a su caja cuando la joven Cristina se le acerca, decidida: “Un día estaré contigo en Zaire,

quiero ser médica y seré también misionera como tú”. La monja sonríe pensando en la reacción espontánea de la adolescente, la misma que ha visto otras veces.

Pero en esta ocasión, aquella alumna va en serio y no dará marcha atrás. Nunca había conocido a una monja médica así que le pregunta a la madre general si es posible compatibilizar ambas vocaciones. Poco después ingresa en la congregación de Santo Domingo y estudia la carrera de Medicina.

Cristina tiene prisa. En Madrid se forma en medicina tropical y, en la clínica La Milagrosa, se traga todas las guardias que puede y entra en todos los quirófanos para empaparse de las técnicas quirúrgicas.

A mediados de 1985 se cumple lo que se propuso. Lo que ven sus ojos ya no son diapositivas sino el paisaje de Zaire profundo: la envían a la misión de Isiro, a 2.000 kilómetros de la capital. En ese lugar del noroeste del país inicia su etapa misionera y entra en contacto, entre otros, con los misioneros combonianos, que habían llegado a Isiro en 1970.

Cristina, que apura los días hasta el último minuto, aprende el lingala y tres meses más tarde comienza a trabajar en un hospital diocesano. Un cirujano nativo es su gran maestro en el arte de la cirugía y aprende a trabajar de otra manera. Aquí no están los quirófanos bien preparados de Madrid. Ahora se trata de aprovechar los muy escasos medios con que cuenta, especialmente cuando se va a los poblados del interior de la selva.

Septiembre de 1996. Se va a escribir un nuevo capítulo en la historia convulsa e inacabable de la violencia en ese país.

Comienza la rebelión de Laurent Desiré Kabila, con la derrota de Mobutu Sese Seko al año siguiente. Isiro se encuentra en una zona de paso para los rebeldes. Y los tambores de guerra anuncian los malos tiempos que están por venir. Comienzan a vivirse situaciones muy tensas y la embajada española insiste en que abandonen la zona. Como pasa tantas veces, y sigue pasando, los misioneros deciden quedarse para permanecer junto a la población, asumiendo el riesgo.

El día de Navidad de 1996 no se le olvida a Cristina. Grupos de soldados arrasan Isiro, roban todo lo que pueden y ocupan la casa de las misioneras, que consiguen escapar aprovechando la llegada de la noche. Las fugitivas caminan horas por la selva hasta que un poblado de pigmeos las acoge y protege. A ellas y a otros que llegaron más tarde. Un grupo de 31 misioneros se salvaron gracias a aquellos pigmeos (ver Mundo Negro número 405. Febrero 1997. pp. 24-28).

De la RDC a Camerún

Tras la entrada de Kabila en Kinshasa, el 17 de mayo de 1997, y la derrota de Mobutu, volverá a Isiro, en una recién inaugurada República Democrática de Congo, que será de nuevo escenario de más conflictos armados. Hasta que en 1998 la destinan a Yaundé, la capital de Camerún.

Cristina me cuenta todo esto con el ajetreo de fondo de la sala de acogida del Hospital San Martín de Porres. Yo hago memoria y creo que es uno de los mejores hospitales que



he visitado en mis viajes por África. Además es un centro que se sostiene económicamente con sus propios ingresos, aunque las tarifas son mucho más bajas que en los demás hospitales del país. Aún así, hay un excelente servicio de los trabajadores sociales, que se preocupan de que nadie se vaya de aquí sin ser atendido.

Nueve médicos generales, varios especialistas, un laboratorio con sección de biología molecular (único en Camerún), un pabellón de hospitalización, pediatría, algo más de 200 consultas diarias, 120 operaciones mensuales, 160 partos de media cada mes, tratamiento integral del sida, psicólogo, servicio de prevención, educación e información, teleasistencia... Las prestaciones del hospital hablan por sí solas. ¿Cómo lo ha conseguido?

Cuando Cristina se instala en Yaundé trabaja en un dispensario de otras misioneras. Y se topa con la escasez de medios: “No podía solucionar los problemas de mucha gente. Enviaba los casos de cirugía urgente al hospital y luego me enteraba que se morían en el pasillo porque no podían pagar. Exploré la posibilidad de operar por mi cuenta en algún dispensario llevado por misioneras en las afueras de Yaundé, ya en la selva, y que tenían una mínima estructura para trabajar. Cuando había una urgencia, preparaba el coche, el enfermo, buscaba un anestesista y nos íbamos a operarle. Así pasé casi siete años”.

En esa época, Timothy Radcliffe, maestro general de la Orden, motiva a las congregaciones dominicanas a unir esfuerzos y trabajar juntas. En 2005, las diferentes dominicas de Yaundé hacen caso a Radcliffe, ponen en común sus energías y tres años más tarde nace el Centro Hospitalario Dominicano San Martín de Porres.

La ayuda internacional, mucha de ella de España, de la Fundación Recover, Manos Unidas, Acción Verapaz, comunidades, colegios e instituciones oficiales hace posible que estemos ante un proyecto sanitario de gran envergadura. Quiero conocer una de las iniciativas más interesantes del

En la oración de la noche cabe la vida entera de una mujer que ha encontrado la manera de ser feliz en las colinas de Yaundé.

hospital y nos montamos en la ambulancia del centro para recorrer Yaundé. En el mercado de Melén, Cristina me presenta a Cathérine, enferma de sida que forma parte del proyecto de atención integral a estas personas. Muchas mujeres, como Cathérine, cuando conocen que son portadoras del virus, reciben el desprecio de sus familias, pierden relaciones sociales y terminan con la autoestima por los suelos.

Rehabilitación integral

“¿Para qué vale darles la medicación si no tienen forma de sobrevivir? Por eso nuestro proyecto incluye microcréditos para que puedan emprender pequeños negocios, y también

enfermos de sida tiene un nombre significativo: *Sí a la vida*.”

De vuelta a los pasillos del San Martín de Porres, Cristina me comenta, preocupada, el aumento de los casos de cáncer a los que tiene que hacer frente. Ella tiene la hipótesis de que los cambios en la alimentación y la contaminación en las grandes ciudades tienen que ver con esto. Cuando llegó a África, hace 28 años, no veía ningún caso. Ahora es algo frecuente, y se encuentra con dos graves inconvenientes: la población no acude hasta que la situación se ha complicado mucho y no hay recursos ni medios para afrontar un tratamiento. África no está preparada para el cáncer. Por eso, al menos, Cristina sueña con abrir una unidad de paliativos.



A la izquierda, campamento al que huyó Cristina Antolín, con otros religiosos, en la Navidad de 1996, en RDC. Aquí, con una religiosa y una mujer de Yaundé. A la derecha, imagen del hospital San Martín de Porres.



grupos de apoyo que también funcionan como pequeñas cooperativas”, comenta Cristina. Cathérine, a su lado, me confirma lo mucho que ha cambiado su vida: “Ahora dependo de mí misma. Trabajo en mi tienda del mercado y cuando tengo alguna necesidad sé que puedo valerme por mis medios. No tengo que ir detrás de mis parientes ni de mi marido, que me abandonó. Mi hijo y yo tenemos para vivir”.

Vuelta a la ambulancia y a tragarnos los baches de las calles de Yaundé hasta que llegamos a Etudi, un caótico lugar abarrotado de pequeñas tiendas, un tráfico infernal y un hormiguero humano que no cesa. Aquí me encuentro con Eba, un tipo alto y fornido que sonrío cuando aparece Cristina.

Eba, también enfermo de sida, ha desarrollado un sarcoma, una clásica patología oportunista. Eba no tenía recursos para ir al a un centro sanitario y, poco a poco, el problema iba creciendo. Cuando le llevaron al hospital de Cristina, la gravedad de la lesión obligó a amputarle media pierna. Le salvaron la vida. En todos los sentidos. Eba es otro de los enfermos que ha recibido un microcrédito con el que ha montado una pequeña tienda ambulante.

El hospital también ideó un proyecto para los chicos de padres enfermos de sida. Las primeras ayudas en forma de becas llegaron de la ONG Manos Unidas y luego han continuado. El departamento encargado del trabajo social con los

Aunque si hablamos de sueños, el penúltimo es otra aventura de las que ya hay que tener ganas para meterse en ella. Hace unos meses, una mañana de domingo fueron a visitar una misión no muy lejos de Yaundé y les comentaron que se había cerrado una escuela con internado porque otra congregación ya no tenía fuerzas para ello. Bueno, pues después de pensárselo, las dominicas ya se han puesto manos a la obra con la intención de restaurar el complejo y abrirlo el curso próximo. Cristina me dice que adelanta su viaje de vacaciones para visitar varios lugares y *pasar el cepillo* para el nuevo proyecto.

Cuando, en un momento de sosiego, le pregunto qué queda de aquella niña que un día escuchó emocionada las palabras de una misionera, me mira y le asoman tímidamente las lágrimas: “Creo que todo, han sido 28 años africanos llenos de vida, de amor, de ilusión... de felicidad.”

La acompaño a su casa, junto al hospital. La noche cae sobre la ciudad y la comunidad de dominicas en la que vive Cristina se reúne tras un largo día de trabajo. En su oración seguro que caben la angustia porque falta morfina para los terminales, la acción de gracias por los recién nacidos, la preocupación por esa enferma y sus hijos... En la oración de la noche cabe la vida entera de una mujer que ha encontrado la manera ser feliz en una de las colinas de Yaundé.